

Sara de Ibañez, "grande, excepcional y cruel poeta" - así la definió Pablo Neruda -, ha sido señalada este año en Plural, N° 48, la revista de Octavio Paz, como la voz femenina más importante y permanente en lengua castellana. Dejó nueve libros, entre ellos el que hoy reeditamos en fascimil, Artigas, con dibujos de Augusto Torres. Compuesto y laureado en 1953, es un canto sin paralelo al solar nativo y al héroe primordial. Como decía Francisco Espínola, "en este incomparable poema lo heroico logra una dimensión desconocida en América". Y tiene momentos capitales: La Tierra, El Guerrero Secreto, El Exodo, El Destierro, La Muerte. Fuera de la Cauda final, resuelta en formas populares - como la vidalita y el cielito - que entran en la potestad de la autora en el dominio de la gran poesía.

Carátula de Carlos Palleiro,
sobre dibujo de Augusto Torres.



ARTIGAS poema

sara de ibáñez



arca

ARTIGAS

ARTIGAS

POEMA

PRIMER PREMIO
EN EL CONCURSO ORGANIZADO
POR LA ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS 1952

ILUSTRACIONES DE AUGUSTO TORRES

ARCA
Montevideo
1975

1era. edición 1952

Carátula: PALLEIRO

© ARCA EDITORIAL

Colonia 1263 - Montevideo

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Impreso en el Uruguay - Printed in Uruguay.

A la memoria de mi padre

INDICE

PRIMERA PARTE

	Pág.
LA TIERRA	11
EL GUERRERO SECRETO	15
LA RAZA	21

Intermedio

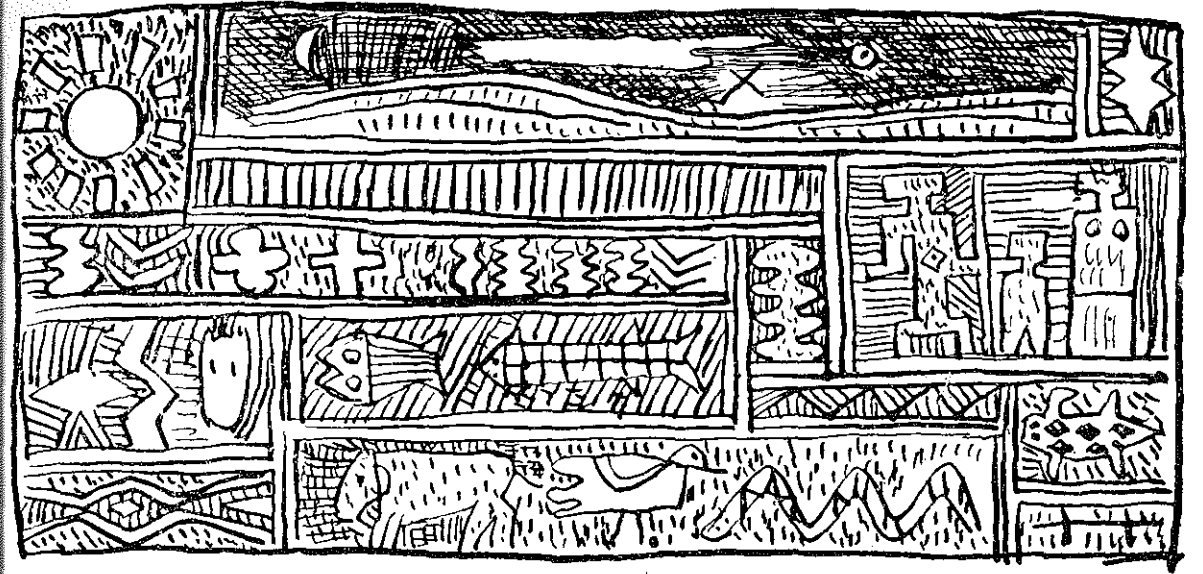
EL ÉXODO	27
----------------	----

SEGUNDA PARTE

EL DESTIERRO	37
MEMORIA DE LA HAZAÑA	41
LA MUERTE	47
ENVIO -- EL RETORNO	49

Cauda

CIELO DE LAS PIEDRAS	55
TRIUNFO DE SANTA MARIA	61
LLANTO DE CARUMBE	65
VIDALITA DE TACUAREMBO	69



I

L A T I E R R A

JARDÍN del este, lujo de la aurora,
anclado en flor sobre la miel marina.
Valles donde la abeja se demora
gastando su jornada cristalina
y en brasa de panal su pecho dora.
Adolescente alcor, núbil colina
en fuga, en juego y en labor secreta
sobre la antigua arruga del planeta.

Sobre su corazón que al día asoma
la piel mordida por el líquen frío
entre el curvo silencio de una loma
y la porfiada juventud de un río,
para gozar un roce de paloma
o el rizado relámpago de un pío,
cuando setiembre una velluda gema
enciende y pule en cada frágil yema.

Oh tierra del aprisco y de las eras
que en corderos baluce, en trigos canta,
y sobre el fijo ondear de sus praderas
con voz oscura, de fluvial garganta,
en himno de premiosas primaveras
al oro del estambre se levanta.
Oh suave, oh clara, oh fina criatura
que en salado diamante se clausura.

Viene el pampero de ala turbulenta
por un austral camino de gaviotas.
Tu oro borra con pluma cenicienta,
cuaja en tu azul sus lágrimas remotas,
y en el abrazo de salud violenta,
pájaros, nubes y corolas rotas,
por un instante del amor quemados
en ancha muerte giran derramados.

Del norte soplan los alientos finos,
los húmedos vocablos forestales.
Arengas y clamores sibilinos
de las profundas savias tropicales.
Y el viento que en sus ámbitos hialinos
solivianta a las turbas germinales,
oye subir a la mazorca rubia
en el futuro canto de la lluvia.

Oh rumorosa tierra de las fuentes.
Agua orquestal tu oscura voz corea.
Entre las gramas de hálitos ardientes
un cristal sin fatigas escarcea:
curva los ademanes eminentes
del espinoso tala y se recrea
en turbadora sangre y miel bravía
cuando en la flor del ceibo inicia el día.

Oh tierra, tierra de la joven gracia.
Niebla pradiar ahonda tu cintura.
Borra tu amor la yerma contumacia
en edénico gesto de frescura.
Combando el aire, tu florida audacia
angélicas sonrisas inaugura
y el maternal respiro que te mece
larga generación al cielo ofrece.

II

EL
GUERRERO SECRETO

UN hijo te oye, te contempla, te ama.
Un claro niño que los soles miman.
Tu idioma en sus oídos se derrama.
Con su latido tus latidos riman.
Su rostro enluzca tu escondida llama
y su callado corazón animan
el soplo que frecuenta a los manzanos
y el aliento cereal que hinche tus llanos.

Un hijo ausculta tu soleado pecho,
palpa tu resplandor, toca tus venas,
en tu rítmica hierba hace su lecho,
su pie desnudo esculpe tus arenas.
Alegre mide tu recinto estrecho
caliente de trigales y colmenas,
y el claro infante, con oscura ciencia,
vago laurel inclina a tu obediencia.

Sobre el corcel que tierno ollar dilata
y crespa nube al aire duro fía,
en diamantino trebolar desata
elástico galope al alba fría.
Un silvestre clarín truena su plata
y el espolazo en el ijar porfía.
Secreta diana que a la sangre acude
y al guerrero recóndito sacude.

Ojos de recia stirpe matutina
a través de las águilas pulsados.
En las vertientes de la luz marina
y en primavera mineral cuajados.
Sobre la vaga tierra columbina
en sigiloso cielo disparados,
miran y ven, de sangre y pensamiento,
nuestra flor, nuestra espiga, nuestro viento.

Sobre la crespa sierra el potro duro
el embridado cuello al sol arquea.
La peña enciende con el casco puro
y entre zarzales vírgenes flamea.
Reto de espuma, por el flanco oscuro,
luce su flor la montaraz marea
que azuza y doma, en íntimo entrevero,
la diestra del pausado caballero.

La bestia amarga en la humildad emboza
su erizado vigor, el joven fuego
que la cándida entraña le alborozza
y desmandado en el riesgoso juego,
ya por las lindes de su piel retoza
en lidia rosa y en secreto riego,
cuando el fresco rumor de una pradera
comenta en verde trueno la carrera.

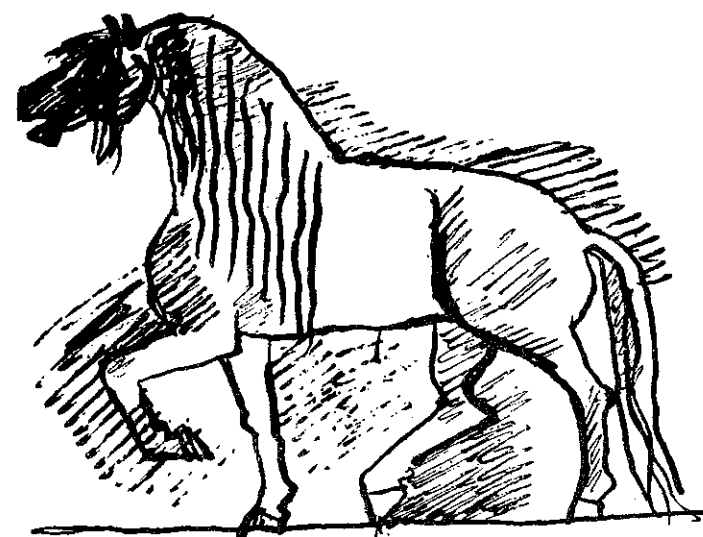
Sumando valles, arrugadas crestas,
finos alcores rúbios de flechilla,
abras de seda y espinosas cuestas,
el arriscado ¡no! de una cuchilla,
y el huraño ademán de las florestas
que al escondido campeador se humilla,
la Patria adulta en su sonrisa asoma,
encerrada en un vuelo de paloma.

Sufre el trébol de pálida garganta
la huella del bridón, sus remos de oro,
que en los seguros donde el agua canta
cristales izan en ardiente coro.
Y el galope que al sueño se adelanta
descubre y turba el íntimo tesoro
que en muelle brega la enmelada umbria
para las ciervas amorosas cría.

Allí donde la nutria se pasea
en lustroso vaivén de bronce vivo;
donde en turbio juncal la garza albea,
y el aire enciende al puma sensitivo
con la noticia que en su voz alea,
allí la sombra del jinete altivo
hierva de aromas entre el agua pura
y el florido olear de la espesura.

Donde un gozo frutal de lechiguana
dora la sierra y encabrita al viento.
Donde en arbóreos tremolares mana
la verde fuente de trinado aliento
que sobre el rizo de la grey enana
chisporrotea su gemado cuento,
y ojos de aguda lumbre y miel serena
en el guazuvirá, remota, estrena.

Donde instrumenta su caudal la brisa
en los copihues y las pasifloras,
donde su queja celestial se irisa
rozando helechos, esculpiendo moras,
y a la sutil orquestación sumisa
silbos destila en lágrimas creadoras,
allí cultiva el Héroe su futuro,
 nombra a la Patria y permanece oscuro.



III

L A R A Z A

DEL transmarino fuego despeñada
la sangre en altos pechos se gloria.
A nueva ley y a nuevo sol templada
la tierra mana leche y ambrosía.
En fiesta usual, su mies inmaculada
alumbra el magro pan de la alegría
y al inocente hueso campesino
labra para otro amor y otro destino.

Aquí donde la tierra en agua y fruto
y a viva voz de trigos argumenta;
donde al blando sabiá y al zorro hirsuto
una puntual ración el cielo inventa,
toca el hombre también su grano enjuto,
sobre su hierba a sonreír se sienta,
su casa erige entre pampero y broza,
paladea su edad, su muerte goza.

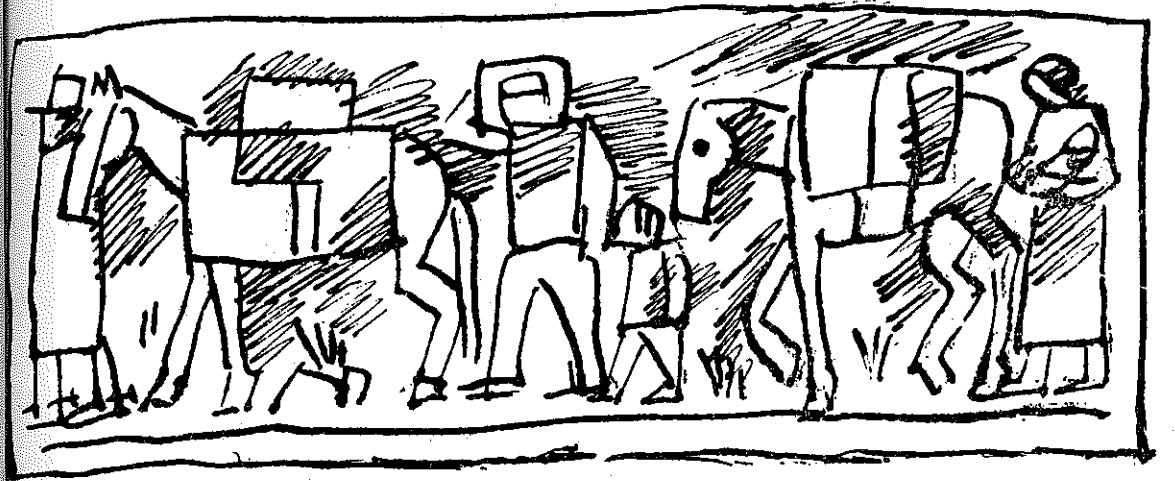
El madrugero que a la Patria viera,
de espaldas al recinto ciudadano,
tiende sobre el ribazo y la pradera
en profundo ademán la grave mano.
Al bestiario aborigen que le espera
dueño, por las raíces, de su llano,
elige por arrimo y compañero,
y con un junco le arma caballero.

¡Ay, madre España, por la joven rosa
que te acrecienta en apartado cielo!
Doblada tu garganta poderosa
en nuevo canto quemará su vuelo.
La vieja sed que el tronco viejo acosa
en la fresca raíz glosa tu duelo
y al pulcro manantial que la convida
acude sola, espejo de tu herida.

Bramó el yagueté por las honduras.
Despertaron las castas montaraces.
Un hálito de libres criaturas
trenzó en los vientos zumbadores haces.
Toros, serpientes, águilas oscuras,
crinados potros, pálidas torcaces,
a la sombra del hombre y su simiente
corearon la alegría omnipotente.

¡Ay, madre España, por el ramo fino
donde el laurel su limpio ardor lucía!
¡Ay, por el estandarte repentino
que a tus plantas plegó la seda fría!
El estandarte equivocó el camino
y ya el laurel por otra gloria ardía.
¡Ay, por el ramo verde, madre España,
que a ti no fué, maestra de la hazaña!

INTERMEDIO



I

E L É X O D O

EL cielo se destrenza en mariposas
y la llanura en leve competencia
liriòs esgrime y enaltece rosas.

Livianos pueblos de sutil presencia
en oleaje de escamas y de olores
compartiendo la frágil residencia

mezclan en vivos aires sus amores,
y en brusca tolvanera confundidos
alas aroman y aletean flores.

Octubre se despeña de los nidos,
alza el flechero ardor de las avenas
y abulta los embriones enlucidos.

Abre en los campos sus calientes venas.
Su aliento mece a tréboles y hormigas
y el valle trueca en salmo de colmenas.

Borra a temblor urgente las fatigas.
Su larga fiesta empuja los confines.
Suspira, sopla, avienta sus cantigas
y en gozo cardinal, pulsa jardines.

II

¡Y hay luto de guitarras en octubre!
Las moja un llanto, las abruma un cielo
y una vidala su temblor descubre.

Punza a la Patria adolescente duelo.
Paloma de su luz enamorada
quemarse quiere en repentino vuelo.

¡Ay de la joven lámpara trizada!
¡Ay del hogar anclado en su ceniza!
¡Ay, bien habido lecho y mesa honrada!

En espinoso manantial se eriza
la garganta del pueblo matutino,
y en sólo una palabra el canto iza.

Un ¡no! de sangre funda su destino,
y ensimismado en una sola entraña
con mano electa signa su camino.

En sus raíces tiembla la campaña.
Enronquece el zorzal puliendo quejas
y el curupí vigila en la maraña.

Cruza un tropel de lágrimas bermejas
por el nublado rostro del pampero
y el mar se hiere en sus bordonas viejas.

Abierto está el fresquísimo venero.
Enjambrada de labios va la fuente
rodando en una llaga de lucero.

La libertad su espiga transparente
en la frugal hogaza desmenuza
y asiste al pan en su sabroso oriente.

¡Venga la flecha que el desierto cruza,
y el rampante vestiglo que en agosto
los purpúreos relámpagos azuza!

¡Sea el raído sueño, el trigo angosto!
¡Y púdrase entre pálidas murallas
en agrias cubas el divino mosto!

¡Vengan en muchedumbre de batallas,
orto escarchado y duro mediodía.
a prender en los pechos sus medallas!

¡Venga el andrajo que la piel estría!
¡Venga la fiebre a corromper el viento!
¡Venga la muerte en solo de alegría!

El Varón de la Patria da el acento.
El oro grave que ensombrece mayo
le sube por la voz y el pensamiento,

y le mira la muerte de soslayo,
porque en vaga tormenta se reclina
y en su frente de miel madura el rayo.

Su amor un pueblo en ascuas patrocina,
que sobre el casto aroma de la gleba
en difuso clarín, dianas empina.

Que en las raíces de los huesos lleva
—sacro dolor de patria criatura—
en embrión augural, rosa longeva.

El solar andariego en Dios fulgura.
Doma una selva, domestica un río,
y hacia el Ayuí, jadeando, se apresura.

Quede en ajena mano el señorío,
bajo una mordedura de ceniza
flaca la troje y el altar vacío.

Un aura virgen las banderas riza
y el Uruguay llorando caracoles
entre el pueblo y su tierra se desliza.

Crece fronteras, se marchitan soles.
A la sombra del lúcido jerarca
multiplica el laurel pálidas proles,

y el agrio diente del raposo marca
su rastro impuro sobre el lirio ileso
que escuda en lumbre el pecho del Patriarca.

Donde el amor lo guarda en mirtos preso.
Donde un pueblo que ignora sus rodillas
y obla su sangre en germinal suceso,

unge Señor al héroe sin mancillas,
Señor de su pobreza y de su llanto,
Señor de su raíz y sus semillas,

allí el odio congela su amaranto
y la enemiga larva en servidumbre
devora la sonrisa y roe el canto.

Pero está allí la incorruptible lumbre
en unánimes aras defendida
por una jubilosa muchedumbre

que nutre el himno y hace andar la herida.
Y en caudalosos cármenes de alientos
la Patria late, en vilo sostenida.

Y ha de volver un día a sus cimientos,
al pedestal caliente de su grama,
cuando desanden brisas y lamentos
héroes y Héroe en una sola llama.

SEGUNDA PARTE

I

EL DESTIERRO

GOZANDO las labores del rocío
que en ardiente cristal custodia el huerto;
cuando levanta su cogollo frío
la pálida hortaliza en sol despierto;
y en constelada lengua el labrantío
su verde calendario luce abierto,
lirios pronuncia la mirada zarca
y asoma la sonrisa del Patriarca.

La mano que en las crines turbulentas
del potro ejercitaba su escultura,
y en un ferrado oficio de tormentas
fraguaba su campal progenitura;
la que enfrenó las ráfagas violentas
por intemperies de prosapia oscura,
en arrugada mansedumbre sueña,
del rumoroso laberinto dueña.

La mano que las águilas domaba,
umbelas y corimbos acaricia.
La que con sangre el viento embanderaba,
es al majuelo tímido propicia.
Está de polen y de abejas flava
la mano de la máscula justicia,
y frecuentando espigas y rizomas
suma el casto caudal de los aromas.

Él, que condujo a un pueblo enamorado
y le soñó sus sueños y su escudo,
aquí crea su pan, gasta su arado,
y aquí le tomará su dios, desnudo.
Porque este labrador de fuego honrado
que con el oro de la tierra pudo,
parte con el hermano su cosecha
y un solo grano por demás, desecha.

Entre los laboriosos naranjales
que estrella el azahar, el Héroe pasa.
Más allá de los cánticos fluviales,
más allá de la selva, está su casa.
Corazón de silencios torrenciales
que el fino Oriente aguija con su brasa,
humilde, mudo, anclado en su renuncia,
en un temblor de labios se denuncia.

Después del arrozal y de las cañas,
más allá del brumoso algodónero,
mirándose en las lúcidas entrañas
entorna ausentes ojos el guerrero.
Vagos clarines, ráfagas hurafñas
soplan del este en musical venero.
Humilde, mudo, en su renuncia anclado,
borra el paisaje el Héroe ensimismado.



II

MEMORIA DE
LA HAZAÑA

ERA al principio la ávida simiente,
que en él buscó los limos y las sales.
Su rostro, abecedario de la fuente,
vió las lentas jornadas pastorales.
Diezmo pagó su juventud fluente
en largo amor a salvias y zorzales,
y echóse a andar delante de su sueño,
en atezada piel, muslo cenceño.

Él era el fuerte, el grave, el elegido.
Los hombres que anduvieron a su flanco,
pensaban con la sangre y el latido,
bullente el pecho y el cerebro en blanco.
Él les abrió con salmos el oído
cuando ya amaban su silencio franco
y aquella lumbre que en mitad del día
en torno de sus sienes se veía.

Después fué el cauto sismo de raíces.
Circulatoria lengua de meteoros
en virginal asombro de matrices
pregonó el despertar de sus tesoros.
Se estremecieron médulas felices
aborrascadas de íntimos azoros,
y un grito en flor de lágrimas opresas
inundó las recónditas dehesas.

Finaron los tranquilos pastoreos.
La rumia vespéral en los bajíos.
En los montes los cálidos zureos
y la eclógica siesta de los ríos.
Oyéronse galopes y jadeos.
La sed fundió en los belfos sus estíos
y en confuso tropel la Patria alerta,
y en plinto ecuestre, se encontró despierta.

Él era el grave, el elegido, el fuerte.
Le honraron el amor y la obediencia.
Y le siguió su ejército a la muerte
vestido de laurel y de inocencia.
Vestido sólo del laurel que vierte
su amargo sol de herida y penitencia,
y con el hambre que en su reino huero
tuvo arpado aguijón por compañero.

Él era el fuerte, el grave, el elegido,
y la envidia reptó sobre su lumbre.
Al traidor, al cobarde y al vendido
acogió en caridad su mansedumbre.
Su pedestal fué el pueblo, defendido
de discurso falaz y podredumbre,
y de su boca donde Dios soplaba
tomó las puras leyes que le daba.

Iberas garras en Las Piedras romas,
y fraticidas fauces en Guayabos,
antes del viento blanco de palomas
que el estigma borró de los esclavos.
Antes que sus andrajos y carcomas
a la hoguera lustral diesen los bravos,
cuando el Héroe miró en el ara hundida
y la primer bandera fué encendida.

El himno y la oración juntos se abrieron
en el alba más tierna del olivo,
y en columna de arcángeles subieron,
¡oh tromba celestial del pecho vivo!
Avenidas de música fundieron
ígneo bronce y salterio sensitivo,
porque en llama y temblor y melodía
edificaba el pueblo su alegría.

Regresaba a las trojes la abundancia
y a las tahonas la nivosa fiesta.
Los frutos extenuaban su fragancia
y el pez bruñía la colmada cesta.
Urgido el huerto en amorosa instancia
multiplicaba su florida cresta,
y en aras de la paz las criaturas
rendían sus primicias y grosuras.

Y dijo el Protector a sus leales:
Estoy aquí por un favor del cielo.
He venido a sufrir de vuestros males
y por vosotros doblaré mi celo.
Todos sois mis hermanos, mis iguales:
lidia sin sangre o s traiga pan sin duelo,
limpio sudor y sueño sin alarmas.
Descansad en el seno de mis armas.

Fueron cinco provincias las que oyeron,
la sangre tensa y el discurso mudo.
Fueron ricas comarcas las que abrieron
estrella pentalúcida en su escudo.
¡Oh rosa federal con que ciñeron
al suave Padre en jubiloso nudo!
Al unísono ardor cinco latidos,
y en sólo una sonrisa confundidos.

La capital que un vuelo amurallaba
rostro de barro y libertad tenía,
y en su sitial de hierba señoreaba
creciendo en patriarcal sabiduría.
Y el rayo vino a consumir su aljaba
en Purificación de la alegría.
Fué la injusticia sobre el tierno muro,
la iniquidad sobre el Profeta puro.

Su verbo estaba limpio como un río,
como hontanar entre arrayanes era.
Y los hombres armados con su brío
salieron a labrar la primavera.
Sobre temprana flor cayó el rocío
y en dulce trance estaba la pradera,
cuando el pueblo y su padre cristalino
vieron llegar azote y torbellino.

Harto abrasaba el resplandor bullente
que al Pastor serenísimo asistía,
y aquella potestad de miel frecuente
que muchedumbres en amor regía.
Harto pesaba a la enemiga gente
su corona de mirto y de agonía,
y en arrancarla al fin con mano lucia
sutil jornada consumió la astucia.

Blandió el arcángel férrea llamarada.
Desenguantó el león garra febea,
y otra vez al calor de su mesnada
salió a enfrentar la ofídica marea.
Odio y traición mordieron en su espada,
no el lusitano fuego en la pelea,
y fué manchada la celesté pluma
y roída la zarpa hasta la espuma.

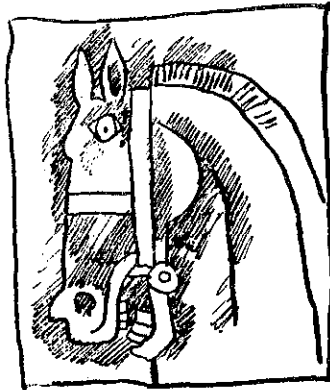
III

L A M U E R T E

SOL amargo, agua amarga, amargo viento
y amarga sangre para siempre amarga.
Vencido y solo en carne y pensamiento,
y el sueño antiguo por tesoro y carga.
Quiso callado y solo y sin lamento
sorbo a sorbo agotar su fuente larga.
Miserable señor de su destino,
de espaldas a la aurora abrió el camino.

De espaldas a su Oriente y a su gloria,
y hueso adentro una centella vaga,
mordió el seco laurel de su victoria
y nunca fué curado de su llaga,
Terco aguijón de luto su memoria,
en toda miel ejercitó su plaga.
Y éntre las brumas del silencio agrario
fué una lenta sonrisa su calvario.

Pero entre sus espigas y sus flores,
cuando la muerte le entreabrió las puertas
el guerrero de blancos resplandores
dianas oyó por las borradas huertas.
¡Mi caballo!, gritó: y en los alcores
resonaron angélicos alertas.
¡Mi caballo! Montó el corcel sombrío,
y tendió su galope sobre el frío.



ENVÍO EL RETORNO

PASTOR vuelto a la nube y a la brisa,
fijo en tu puro rostro vigilante.
Una remota lágrima te irisa
cuando recobras tu panal distante.
Los ojos sobre el pueblo y su sonrisa
abiertos en un orto de diamante,
y en la florida huella del camino
suspenso ya tu pie de peregrino.

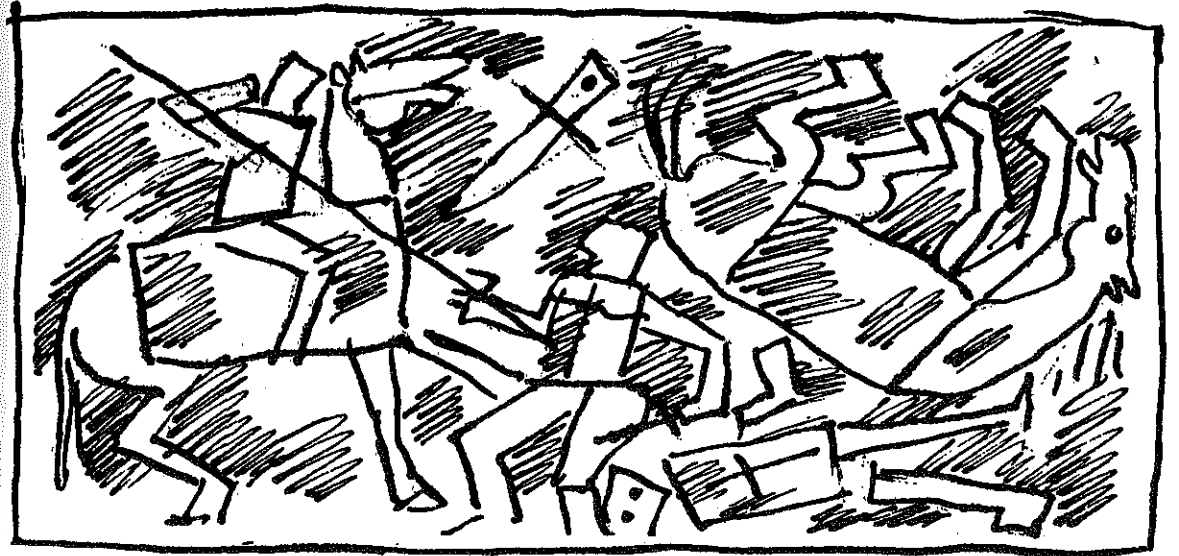
Viste, señor, los cármenes oscuros
que te alzaron el sueño en muchedumbre.
Viste los labios y los pechos puros
que acrecieron la herencia de tu lumbre.
Mira subir los tallos y los muros
donde tu libertad es la costumbre.
Mira, señor, la rosa arrodillada
con que aguarda la tierra tu mirada.

Aquí estás sobre el trigo y la colina.
Aquí tu antiguo rostro comparece.
Aquí sobre tus aguas se ilumina
y en juventud de bronce resplandece.
Padre, tu nombre es toda la doctrina
y tu palabra en cantos reverdece.
¡Oh, silencioso!, ya aprendió el pampero
tu historia de relámpago y lucero.

Entre dos vuelos, el azur bruñido
de tu blasón, en águilas fulgura.
Ya no se atreve el viento conmovido
a herir su luz con una brizna impura.
Terso además, en llamas contenido,
tu cabeza en los aires aventura,
sola, tranquila, en su cenit de gloria
sobre la celestial ejecutoria.

Oye los himnos que el amor levanta
porque en la sangre de tus hijos veles.
Oye crecer la múltiple garganta
que en victoriosa flor alzan tus fieles.
Escucha, Padre, porque el Pueblo canta
y el canto sube ardiendo entre laureles.
Escucha desde el bronce en que volviste
y a la terrena eternidad naciste.

CAUDA



CIELO DE LAS PIEDRAS

Ay cielo, cielo que sí,
cielito de las batallas.
La aurora de mayo viene
por las colinas, armada.
Cielito, cielo y más cielo,
cielito de las batallas.

Cielo, cielo de Las Piedras,
cielo de los arrayanes
donde por la flor de mayo
la gloria cría panales.
Cielito, cielo y más cielo,
cielo de los arrayanes.

Arenga el joven Patriarca,
cielo de los colibríes.
Sus bravos en asamblea
de corazones lo ciñen
¡Ay cielo de sangre, cielo,
cielo de los colibríes!

Suena el clarín de los godos,
cielito de la paloma.
Chocan sables, suben lanzas
y zumban las boleadoras.
¡Ay cielo, que ya se embisten!
¡Cielito de la paloma!

Luce el español sus armas,
cielito de los valientes.
En guerreros atavíos
las bestias y los jinetes.
¡Ay cielo, cielo, ya luchan!
¡Cielito de los valientes!

Desnudos brazos y pechos,
¡ay cielo de las gramillas!,
los que su tierra merecen
van a ganarla en la liza.
Ricos de audacia y de sangre,
¡cielito de las gramillas!

Ay, que se encogen los godos,
cielito del aguacero,
porque han echado pie a tierra
los gauchos de sal y fuego.
¡Ay cielo, que vuelven grupas!
¡Cielito del aguacero!

¡A caballo!, grita el Héroe,
cielo de la lechiguana.
¡A caballo! por el viento.
¡A caballo! por las llamas.
¡Cielito!, ¿quién se resiste?
¡Cielo de la lechiguana!

Asfixia al cañón un poncho,
¡ay cielo de las lloronas!
Punza el cuchillo enastado
y estallan las tercerolas.
Se mella la garra hispana,
¡ay cielo de las lloronas!

Con dos ciclones por alas,
cielito, cielo del triunfo,
el águila de Las Piedras
arrea a los aguiluchos.
¡Ay cielo que ves, entiende!
¡Cielito, cielo del triunfo!

¡Qué fino laurel estrena,
cielito de las totoras,
en tus dinteles de espuma
la frente libertadora!
Cielo, que en tu luz le guardes.
¡Cielito de las totoras!

Marcha el Héroe entre sus libres,
¡ay cielo de la victoria!
y las castigadas filas
con los vencidos se colman.
¡Ay cielo, digo que sí,
cielito de la victoria!

Donde la Patria ha nacido,
¡cielito de la alegría!,
abejean resplandores
sobre las rojas gramillas.
Porque ha nacido la Patria,
¡cielito de la alegría!

Porque la Patria ha nacido,
¡ay cielo de la paloma!,
canta la sangre en los pechos,
canta la sangre en las rocas,
canta el campo y canta el cielo,
¡ay, cielo de la victoria!

TRIUNFO DE
SANTA MARÍA

Guairapuitá del triunfo.
Guairapuitá.
Los clarines del alba
ardiendo están.

Llama a tus pálidos peces de azúcar,
Santa María, guerrera del aire.
Santa María, amazona del agua,
luce tus finas palomas torcaces.

Guairapuitá del triunfo.
Guairapuitá.
Ya crece la mañana
del guayacán.

Tus golondrinas aguza en el viento.
Los cardenales afina en tu llama.
Brumen la rútila fiesta de sangre
ñacurutúes en diurna velada.

Guairapuitá del triunfo.
Guairapuitá.
Un sol de camoatíes
bruñe el zarzal.

Lustra las garras y pule los picos,
Santa María, amazona del agua.
Los tacuarales educan la brisa.
Dora en su música virgen tu flauta.

Guairapuitá del triunfo.
Guairapuitá.
La tarde en sus achiras
rompe a cantar.

Santa María, guerrera del agua.
Santa María, amazona del aire.
En el ahué de cegados espejos
tímido rostro la noche entreabre.

Guairapuitá del triunfo.
Guairapuitá.
¡Ave, Santa María
del arrayán!

LLANTO DE CARUMBÉ

La mitad de la sangre
¡ay, Carumbé!
de espaldas en el trébol,
la otra de pie.
La mitad de la sangre
sobre el laurel.

Llanto, ¡ay!, llanto, llanto
por Carumbé.

Cerros del aire indio
¡ay, Carumbé!
Gimen las lechiguanas
sobre su miel
y se oye el silbo negro
del caburé.

Llanto, ¡ay!, llanto, llanto
por Carumbé.

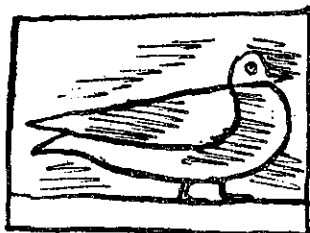
Primavera del llanto
¡ay, Carumbé!
Ultrajadas espigas,
agrio clavel.
¿Dónde hallar una hierba
que enjuta esté?
Llanto, ¡ay!, llanto, llanto
por Carumbé.

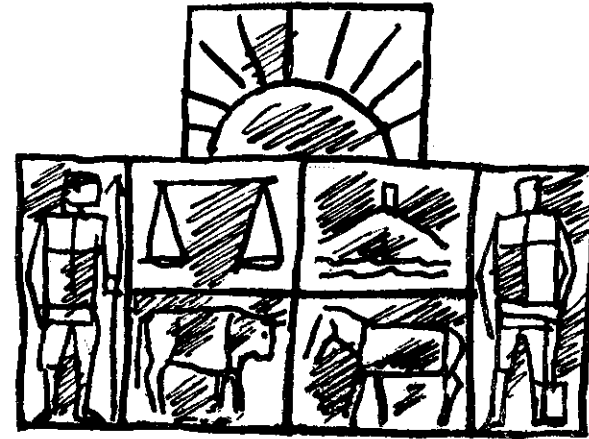
La mitad de la sangre
¡ay, Carumbé!,
la mitad de la patria
sobre el llantén.

Rojos corren los peces
en el Cuareim.
Llanto, ¡ay!, llanto, llanto
por Carumbé.



Paloma de niebla,
 vidalitay,
por los dulces valles.
Alas de agonía,
 vidalitay,
piquito de sangre.





Esta edición facsimilar de ARTIGAS de Sara de Ibáñez, realizada en papel obra de 84 grs. se terminó de imprimir en ARBOL Impresores Ltda., Julio Herrera y Obes 1164, en diciembre de 1975. Se tiraron 250 ejemplares numerados de 1 a 250 y 50 fuera de comercio de 1 a L.